

Reseñas



MARTINEZ BOOM, Alberto. *Crónicas del desarraigo.*

Bogotá, Editorial del Magisterio, 1989.

En la obra *Crónicas del desarraigo*, el profesor Martínez, hace una pesquisa por entre folios, legajos, boletines impresos, cédulas reales, cartas periódicas que circulaban en el territorio del Nuevo Reino de Granada para ir descubriendo, entre las noticias sueltas y curiosas que aparecían en los días de mercado, en los atrios de las iglesias (y que seguramente pasaron desapercibidas); es decir, para ir descubriendo en medio de la vida cotidiana de aquella sociedad granadina, de los comentarios triviales, de los chismes, de las exhortaciones de virreyes y curas, de las cédulas reales, la forma como irrumpe en ese escenario, rudamente marcada por la miseria de negros, mulatos, mestizos y zambos, la instrucción, la escuela pública y el maestro de las primeras letras.

En medio de anécdotas, de cartas, de descripción de plazas, el profesor Martínez nos da cuenta de qué manera la miseria, durante mucho tiempo ignorada como mal social, comienza a ser reconocida como producto de la desorganización social y atentatoria del orden político y de qué manera la miseria, concebida como producto de la ociosidad que atentaba contra la solución de las almas, deja de convertirse en un problema de caridad para colocarse en el terreno de los intereses públicos, en el terreno de la policía entendida como ejercicio de la civilidad.

Entonces entra a relatar de qué manera esa inmensa población de ociosos y de mendigos disfrazados caracterizados por la ignorancia comienzan a ser recogidos en espacios donde los maestros de artes y oficios les instruyesen en alguna actividad. Poco a poco e hilvanando en ese tejido social, el profesor Martínez comienza a preguntar sobre quién podría ser aquel maestro, ¿acaso el intelectual o criollo ilustrado?, ¿maestro de que escuela, era secular o religioso? ¿Quién le nombraba? ¿quién le pagaba?, ¿qué condiciones rodeaban la aparición de esos maestros que de una parte producían aceptación en la población, pero que de otra comenzaban a despertar sospechas y hasta persecución de las autoridades por considerar que esos sujetos que andaban por las estancias, pretextando enseñar a leer y escribir a los niños, solapaban su vagabundería y hasta pedían que se les pagara para poder subsistir.

Pasando por la expulsión de los Jesuitas y escuchando los lamentos y urgencias lloradas por los maestros, se logra dibujar en la obra la lucha entre los poderes eclesiástico y político por el dominio de la educación, las certificaciones de cualidades que debían concurrir en el maestro, las garantías morales que debía demostrar, los planes de estudio que pretendían ¡a uniformidad en las escuelas del Nuevo Reino de Granada, las cartillas que empezaron a publicarse; en fin, toda esa cotidianidad de la escuela que aún hoy, y en mucha parte, mantienen su vigencia y que hablan de la azarosa continuidad en que se ha movido la constitución del maestro y la identificación de la escuela como espacio público.